

# EL BARBERO MUNICIPAL

SEMANARIO CONSERVADOR

SUSCRIPCIÓN Y VENTA: Trimestre, 1'25 pesetas; NUM. SUELTO, 0'10 ídem

Director: DON JOSÉ ARCOS MOLDES

entusiasmo que ofrecemos al huésped eminente, porque se trata de uno de los nuestros.

¡Presidente de una República, y de una República que ha operado en pocos años una honda y radical transformación de la política francesa, representa la Presidencia de monsieur Poincaré en Francia, por lo que fué su labor de gobierno, por lo que fué su elección y por la acción gubernamental que bajo su Presidencia se viene desarrollando, exactamente lo mismo que nosotros los conservadores representamos en España: el anhelo de integrar con todo el pueblo una democracia que defienda y garantice el indefinido progreso de la sociedad contemporánea!

Después de las supremas estridencias del Gabinete Combes, comprendió la «élite» directiva de los jacobinos de Francia que era necesario un período de pacificación reestructuradora de la sociedad francesa en peligro, y esa obra conservadora, lealmente conservadora, que dió sus primeros pasos con Clemenceau, que se afirmó gallardamente con Briand, que pareció vacilar con Monis y con Caillaux, se afirmó serenamente por el Gabinete Poincaré, y tiene en la Presidencia del insigne parlamentario una consagración soberana.

¡Si hasta por la índole de sus enemigos es Mr. Poincaré uno de los nuestros! ¿Quiénes votaron contra él, y quiénes lo hostilizan, aparte los revolucionarios? ¡Ah! Pues los partidarios de eso que allí llaman «les mares stagnants», y aquí llamamos el caciquismo, y la oligarquía, y la intriga...

Por todo ello, sean nuestro saludo entusiástico y nuestros votos fervientes de los más sinceros que, en nombre de España entera, han acogido a Mr. Raymond Poincaré, Presidente insigne de la República francesa: ¡Viva Francia! ¡Viva la República francesa! ¡Viva Mr. Raymond Poincaré!

(De «La Epoca»).

## La consagración de un artista

El éxito definitivo por Dieste alcanzado con la publicación de su tercer libro, «Buscón-Poeta», el mejor de cuantos brotaron de la pluma galana y castiza de nuestro compañero y amigo inolvidable, ha corroborado una vez más el dicho, no por vulgar menos cierto, de que «no hay mal que por bien no venga».

La brutalidad rabiosa de un caciquismo, viéndose en Eduardo un temible e implacable debelador de su influencia tiránica y malvada, puesta así en trance de total y cercana pérdida, consiguió alejarlo del cariño de los suyos y privarnos a la par de un luchador abnegado, lealísimo y, como pocos, hábil y afortunado en la esgrima de la punzante y fina sátira.

Vengóse el déspota, ruin y villanamente, como suelen todos los de igual menguada laya; ó por mejor decir, creyó que con el éxodo forzoso del noble campeón de la causa popular satisfacía en el hidalgo proscripto su saña vulpinésca, y espantaba y confundía a los demás que, con Dieste, le estorbaban en el

disfrute pacífico y dominio absoluto del pretendido feudo.

Y á fe que hubiera logrado su insano propósito, si la Ciencia y la Caridad, en providencial maridaje, no vinieran con solícita oportunidad en auxilio del fugitivo desamparado y enfermo en un hospital de Lisboa. No estaba decretado aun que el espíritu gigante de Eduardo sacudiera de sobre sí la envoltura de polvo miserable que á este bajo mundo lo tenía aprisionado, para caer en los negros abismos de la noche sin fin, ó volar... volar... bello y luminoso, hasta perderse en el seno de Dios...

La carne triunfó del dolor, y una «tardecita, valido de las sombras y de la confusión de abordo, unos que subían, otros que bajaban, la carga y descarga y otros motivos más de batahola que no hace al caso mencionar», se coló en las entrañas del trasatlántico «Asturias», que pocas horas después tomaba el camino de América.

Y las tierras uruguayas recibieron hospitalarias y jubilosas al filósofo böhemio, ofrendándole un vivir cómodo y un lugar de señalada preferencia entre los artistas consagrados.

He aquí como juzga la maravillosa obra de Eduardo; «Buscón Poeta», uno de los más reputados críticos de aquel país:

## Nuestros libros

«Buscón-Poeta» por Eduardo Dieste

Bertani acaba de editarlo. Engalanan sus tapas dos bellos dibujos del joven artista Antonio Pena. Son «Teorías disparatadas y cuentos de burlas»,—dice el autor. Pero teorías y cuentos, me permito agregar, que nos dan la revelación inesperada de un verdadero talento literario. De ahí que me decida á divulgar la buena nueva. Creo—yo que soy parco en elogios—que el libro de Dieste es de aquellos contados que merecen agotarse, y ocupar en las bibliotecas un puesto preferente. No todos los días tenemos la suerte de dar con obras de su alto mérito. Porque es la creación de un autodidacta, en cuyas páginas vibran y viven las pasiones y los recuerdos con un vigor magistral. La técnica, entre epistolario y biográfica; enlaza maravillosamente los más opuestos episodios de la vida y milagros del aventurero Buscón.

Es una obra que resulta originalísima en nuestro ambiente literario, por lo castizo del lenguaje y lo novedoso de su enjundia. Demuestra, entre otras cosas, que su autor ha corrido mucho mundo, y con no poco provecho.

Los capítulos iniciales, que tratan de la infancia de Buscón, irradian sugerencias tan tiernas y profundas, que nos hacen revivir mágicamente cosas de nuestra niñez que dábamos por siempre idas, con los divinos dones—fatalmente perdidos—del candor, de la dulzura, de la esperanza...

¡Capítulos breves, y tan substanciosos, y de tan honda melancolía, aunque el autor se empeña en satirizarla, sobre todo cuando afronta la vida estudiantil en la docta Compostela, la vida noble, amena, excelsa, por

la cual se retuerce, aulla y suspira el pesimismo de la Filosofía y del Arte! Luego leemos, entre otras anécdotas referentes á Buscón, dignas de figurar en el «Epistolario de Fradique Mendes», dos cuentos prodigiosos de ingenio y de factura literaria: «Un Adam sin compañera y á punto de perder las demás costillas», se titula uno, y el otro: «El pobre que no tenía nada.» Respecto al segundo, pocas veces he visto condensar así, sólo en nueve páginas, un asunto tan vivido y precioso y rebosante de picarismo.

Mirad como picea: «El sol derramado por los cielos clara la masa de los pinares, de los maizales, de los parrales, volviéndola de un verdor fuerte absoluto, y así nos parecían los hombres á gusanillos que se mueven dentro de una col; semejan desolladuras en vivo las tierras de arcilla y los tejados nuevos de las casas y hórreos; llamas de horno las vidrieras; se interrumpe á trecho la verdura y hierre los ojos la reverberación del mar, chispas ó alas de oro, de plata, de piedras preciosas; y bajo esta lumbrada se desliece la vida en prolongado sopor de lujuria.» Luego describe tipos de tomeros y mendigos hechos de mano maestra. Se siente palpar, hasta contagiársenos, la ingenua alegría con que acude esa gente á «refrescar, la fe y el paladar á la fiesta del patrón de Bealo, San Ramón, Nonnato».

Vemos andar las mujerucas embarazadas «por el camino blanco, blanco, blanco que pasa la floresta, sube de lado las montañas, ocultase, aparece y sigue leguas y leguas.» Y se ven los enjambres de pordioseros que ambulan por Galicia, de una romería en otra, jaloneando pintorescamente el camino; haciendo votos por el buen provenir de la fecundidad viandante; en andas del misticismo y del amor al jolgorio... Y en el centro de tanto cuadro de subyugante interés, «el ciego de la zanfoña y su lazarrillo, el pobre que nada tenía», dos figuras que parecen escapadas de alguna novela española del siglo XVI, por lo bien que resumen el espíritu de vagancia y de bellaquería, tan útil y tan celebrado en aquellos tiempos...

Pero es imposible dar aquí una idea del valor de estos cuentos, y de los restantes que integran el libro, cuentos que llegan al alma como un cálido soplo de la España picaresca de las obras de Hurlado y de Cervantes, que coronaban de rica las miserias de la época.

Dieste hace alentar en su libro el añejo espíritu de la raza madre, aquella no sólo fecunda e héroes y en místicos que hicieron de Castilla el corazón del mundo, sino también en buscones y taimados como Lazarrillo de Tormes, Ginesilla de Pasamonte, Rinconeto y Cortadillo, y otras creaciones típicas del humorismo español. En resumen, la obra no puede ser más valiosa, dentro de nuestra literatura afrancesada:

Yo la he leído con ansiedad progresiva, sin otras interrupciones que las necesarias para reirme, pues ciertas andanzas de «Buscón-Poeta» son capaces de arrancar carcajadas al más bilioso de los mortales.

Y es que Eduardo Dieste parece cruzar la vida burlándose de todo, incluso de sí mismo. Pero detrás de sus burlas se percibe la sombra de crueldades desoladoras. Detrás de su alma satírica quedan los amores truncados, las decepciones doctrinarias, los desencantos del

---

saber, la experiencia del «homo homini lupus...» Y su carne se rie de amargura recordando los ayunos forzosos, las noches sin albergue, los viajes á la ventura, la estancia en los hospitales, toda la espantosa y sublime bohemia reservada por nuestra civilización á los Quijotes que aun tienen la desgracia... ó la suerte de nacer.

Sea bienvenida su obra rebosante de Arte y de risa, ¡de la dulce y amarga risa que nos sube á los labios, quizás en fuerza del tributo que pagamos al dolor, cuando la sátira suprime el paso que va de lo sublime á lo ridiculo, en todas las cosas humanas!

ENRIQUE V. ERZENGUER.

(De *La Raxón* de Montevideo, correspondiente al 3 de Septiembre último pasado).

---